

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

58. EL JUEGO DE LAS DOS BARAJAS



—OCTUBRE 30 —dije ante el grabador—. Son exactamente la una y treinta y cinco de la madrugada, y termino mis preparativos para la investigación a efectuarse.

”He comprobado el buen funcionamiento de la Minolta Hi-Matic, recién provista de un rollo virgen; revisé también la Browning, y tengo la seguridad de que este grabador está en perfecto estado. Dentro de cinco minutos bajaré a reunirme con el barón.

”Fin del casete. Lo dejaré aquí, con los otros, y llevaré uno nuevo, para registrar lo que ocurra allá abajo. Este material, unido a la evidencia fotográfica que logre obtener, servirán como elementos de juicio de confiable objetividad.

Tosí, y luego concluí:

—Debo adoptar tantas precauciones como resulte factible. Pese a las apariencias, no puedo descartar aún, en el marco de un razonamiento imparcial y fríamente considerado, la posibilidad de sugerencias implantadas en mí, mediante algún artificio. Recordar: el licor supuestamente adulterado y, últimamente —recalqué—, el cirio de pestilente humo que se consumió junto a mí durante mis horas en la cripta de los textos prohibidos. De manera que no voy a darle cuenta al barón de mis precauciones, procurando, por el contrario, registrar la evidencia material sin su conocimiento.

”Es hora. Desconecto.

Calzado otra vez con los zapatos de suela blanda, equipado con la Browning Hi-Power, la cámara miniatura (¡benditos encargos de viaje que me habían hecho mis amigos de Uruguay!) y el grabador, todo ello oculto a la vista, salí del Cuarto Azul, aprovechando la claridad lunar, para reunirme con el barón Ferenc Bathory.

DESPUÉS de la cena, tras contestar con una excusa cualquiera a la invitación de Sandor Bathory, que se empeñaba en hacerme visitar una vez más el laboratorio, me había encerrado con el barón y lo había informado de mi nuevo modo de pensar.

Comprendí, por su expresión, que ya lo había esperado. El conocía muy bien, pensé, la

conmoción que por fuerza tenía que producirse en cualquiera ante cuyos ojos bostezaran las nefarias simas de prohibido saber a las cuales yo me asomara... Pero, según lo interpreté, a su juicio yo no me había anonadado por completo, lo que confirmaba su suposición.

—Veo que lo juzgué bien —me había dicho, con un fulgor entusiasta en sus ojos verdes—. Usted lo *resistió*... Pocos lo logran.

—Usted también lo consiguió —repuse.

—No del todo. A veces pienso si no...

Y había palidecido. ¿Vislumbraría, tal vez, en algún rincón de su intelecto, la espantosa verdad de su posesión por el *gul*...? Cualquier atisbo de ese horror bastaría para desequilibrar la razón más firme, para abatir el ánimo mejor templado. Había que admitir que el barón tenía valor. Comencé a arrepentirme de mi despectiva opinión sobre él. Y de pronto, en un plano extrafísico, mi metro noventa y siete perdió toda preeminencia ante la estatura moral de su entereza. Supe que podía contar con un aliado.

BARÓN: quiero ir al bosque a presenciar el ritual —declaré.

—¿La Séptima Invocación? —tenía la cara casi tan blanca como el cuello de la camisa—. ¡No puede ignorar lo peligroso que resultaría!

—Ambos conocemos bien ese peligro. Pero quiero ver si... *eso*... acude.

—¡Oh..., acudirá! Ya acudió muchas veces... Saben cómo llamarlo.

—¿Saben? ¿Quiénes?

—Los aldeanos. Todos Les pertenecen, desde hace muchísimas generaciones. El dominio de Ellos pesa sobre toda la región, con la única excepción de Szagyvar, el pueblecito usted paraba. Los de allí conocen el medio de protegerse; pero saben que no deben mencionar jamás ninguna de estas cuestiones. ¿No los encontré... evasivos?

—Mucho —dije—, y ahora entiendo la razón. Pero usted y yo, barón, contamos con más recursos que ellos. Usted y yo hemos leído a Geoffrey, a Von Juntz, a Abdul Alhazred. Conocemos los Signos y las Claves. Creo que podemos arriesgarnos a ir.

EL BARÓN no respondió. Con la noble cabeza agobiada, dio unos paseos por la habitación, en la que nos hallábamos a solas, y por fin alzó sus penetrantes ojos hacia mí.

—¿Cuál es su verdadero motivo, Poletti? —inquirió.

Y ahora, al ir en su busca, yo no podía evitar el pensar que su perspicacia acaso se abriera paso a través de mi torpe disimulo, y llegara a adivinar mi secreta intención de ponerlo a él a prueba...

¿Y cómo reaccionaría en ese caso?

¡No lo podía saber hasta que el momento llegara!

(Continúa)

SIGUE: "ACASO FUE TAN SÓLO UNA VISIÓN"... ¡SORPRENDENTES REVELACIONES DEL BARÓN BATHORY! ¡LA PERSPECTIVA DE POLETTI VUELVE A CAMBIAR..., EN UNA ALUCINANTE CADENA DE ATERRADORAS CIRCUNSTANCIAS!... ¡EL NOVELISTA URUGUAYO AL FILO DE CRUCIALES DECISIONES!... ¡CONTINÚE LEYENDO! ¡LA SECUELA ESTÁ AHÍ NOMÁS! ¡VAYA AL CAPÍTULO SIGUIENTE..., SI DISFRUTA DEL ESCALOFRÍO!

ALGO SOBRE EL AUTOR

Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com